

Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal y Zamora Vicente, con la versión del códice IV-B-21 de la Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, según la transcripción de Menéndez Pidal (*Reliquias de la poesía épica española*); del otro, la versión en verso al italiano del *Poema*, cuyo título original es el de *Orígenes de Castilla y de Fernán González*.

El *Poema*, que llega a la cuarteta 768, está complementado con los capítulos 717-720 de la *Primera crónica general* y con pasajes pertinentes de la *Crónica de 1344*, siguiendo la edición de Menéndez Pidal ya citada. Se añaden, además, las estrofas 158-207 (con variante la 167) de la *Crónica del Conde Fernán González*, de Gonzalo de Arredondo.

CARLOS VALDERRAMA ANDRADE.

Instituto Caro y Cuervo.

PAUL BÉNICHOU, *Creación poética en el romancero tradicional* (Biblioteca Románica Hispánica, II. Estudios y Ensayos, 108), Madrid, Editorial Gredos, 1968, 198 págs.

El tema central de los estudios comprendidos en este libro consiste en la importancia de la tradición, tomada como creación, que es la capacidad renovadora del pueblo, mediante la transmisión oral de su obra poética. A través del examen de dicha creación se observa cómo nace y vive la poesía. Desde un principio, el señor Bénichou, autor de estos estudios, destaca el aporte de don Ramón Menéndez Pidal al respecto.

El primer grupo de estos trabajos "ilustra la libertad creadora con que pudieron formarse los romances viejos, aun los de temas más venerables. Sin negar la relación de dependencia que une todos los poemas a la tradición anterior, se puede pensar que esa dependencia no consistió necesariamente en la continuidad de un texto, sino también en la combinación de muchos o la reinención de otro nuevo a partir de recuerdos incompletos". "El segundo grupo procura destacar el valor de las variantes modernas en el romancero tradicional. El privilegio creador no perteneció exclusivamente a la edad de oro del romancero".

Haremos la presentación de la *Creación poética en el romancero tradicional*, según el orden establecido por el autor:

*El destierro del Cid*. — Este romance está elaborado a base de elementos tradicionales, sacados de varias fuentes que abarcan todas las épocas de la legendaria carrera del Cid; especialmente se han fundido aquí recuerdos de todos los episodios que muestran al héroe desafiando

a su rey, tema que despierta la simpatía popular hacia el vasallo injustamente tratado por su señor. Así, el capítulo da cuenta, con la mayor exactitud posible, de los manantiales diversos en que se funda el *Destierro* marroquí, romance conservado por la tradición de los judíos españoles y que, en 1906, ya se encontraba en el *Catálogo del romancero judío español*, de Menéndez Pidal. Este romance carece de antecedentes en el *Mío Cid* y también en las crónicas, pero, no por eso, carece de base tradicional. Leamos el fragmento relacionado con la altivez: precisamente aquello que despierta la solidaridad y admiración del pueblo:

Yo te destierro, el Cid, de mis tierras por un año  
 — Si me destierres por uno, yo me destierro por cuatro,  
 Por besar tu mano, Rey, no me tengo por honrado;  
 al besártela mi padre, me sentía yo afrentado.

La base tradicional de este romance se palpa justamente en la identificación del pueblo con el vasallo rebelde.

*El castigo de Rodrigo de Lara.* — Se trata, en este segundo capítulo, de clarificar la génesis de un romance viejo, de antecedentes cronísticos y épicos remotos. Y en el romance del llanto de Gonzalo Gustios ante las cabezas de sus siete hijos abundan versos que repiten textos cronísticos. La prosificación de trozos épicos en las crónicas, en este caso, parece evidente y la demostró Menéndez Pidal, basándose en la *Crónica general de 1344*. No se dan, sin embargo, en el romance, expresiones que verdaderamente repitan las de las crónicas; “es una llama surgida al juntar los rescoldos que, en la memoria popular, quedaban de ciertos versos épicos”. Resulta, pues, en poesía popular, demasiado difícil establecer una filiación; el uso permanente de fórmulas propias de un patrimonio común crea semejanzas que en realidad no significan nada en cuanto al parentesco de los textos.

*Abenámbar, Abenámbar...* — ¿Quién no sigue emocionándose al primer golpe de estas sílabas: “el día que tú naciste grandes señales había”?

Ha llegado hasta nosotros en varias versiones antiguas, impresas en el siglo XVI. No es Abenámbar un personaje histórico. Su función es revelar, en su calidad de moro, la belleza de Granada y también exaltar el apetito del rey por la ciudad. Si bien nos es familiar Abenámbar, gracias a la poesía, su nombre se refugia en el misterio, su linaje se presta a confusión. ¿Se trata acaso de Yuça Aben Almao o *Abenalmao*, interpretación castellana de Ibn-al-Mawl? ¿O de Al-Ahmar, fundador de la dinastía nazarí de Granada? Los descendientes de éste último podían hacerse llamar Aben-al-Ahmar (hijo del Rojo), lo que puede perfectamente sonar *Abenámbar* para un oído castellano. De todos modos, no sería prudente sentar por seguro que haya existido un Abe-

námar distinto al *Abenlmao* mencionado, ni que éste haya dado origen al moro del romance, razón por la cual el señor Paul Bénichou apenas ha querido sugerir cuán difícil es identificar de manera rotunda al "moro de la morería".

*Abenámar*, *Abenámar* es, por excelencia, el tipo de intensa poetización en el romancero viejo y también de la originalidad del mismo romancero desde sus comienzos.

*La muerte del Príncipe Don Juan*. — A pesar de lo numeroso de las versiones — castellanas, portuguesas, judeo-españolas —, no resulta complicado exponer el tema de la *Muerte del Príncipe Don Juan*, debido a la variedad de contenido y estructura de dichas versiones. El fundamento consiste en la agonía y postreras preocupaciones, ante sus padres y su querida. Quizá las versiones modernas deriven de una antigua forma del poema, que refería la muerte del heredero de los Reyes Católicos. Por desgracia, no se ha conservado texto alguno. El objeto de este estudio es recalcar en la importancia y el valor poético del aporte moderno a la tradición del romancero. Gira todo alrededor de lo irreparable, empezando por la muerte misma. Inmenso relato vivo que sólo los recursos de la poesía logran hacer conciso.

El libro del señor Bénichou se termina con *El Cid y Búcar*, más *El canto del renegado*, éste último poco estudiado hasta hoy, perteneciente a la clase de los romances novelescos puros, sin antecedentes épico-históricos en la tradición de Castilla.

Obra para especialistas, el lector corriente, ávido de información, la lee con interés, y se hace para él mucho más agradable a medida que avanzan las páginas. La parte consagrada a la muerte del Príncipe don Juan ya muestra estilo, así como *El Cid y Búcar*, agilidad y frescura en los comentarios. Al evocar la obra, en conjunto, se nos antoja que hubiera sido preferible cobijar esos capítulos dentro de un todo, bajo una idea directriz, por ejemplo, la permanencia del genio popular en la creación poética de sus personajes, a través del tiempo.

ARNOLDO PALACIOS.

Bogotá.

LUIS MONGUIÓ, *Don José Joaquín de Mora y el Perú del Ochocientos*, (Biblioteca de Erudición y Crítica, dirigida por don Antonio Rodríguez-Moñino, IX), Madrid, Editorial Castalia, [1967], 389 págs.

Esta publicación, hecha conjuntamente por la Universidad de California y la Editorial Castalia, está dedicada a una de las figuras más singulares del siglo xix. José Joaquín de Mora es algo así como la presencia viva de España, de una España generosa siempre, pero no siem-